

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JUAN DE LOXA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. PEDRO ENRÍQUEZ

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 3 DE ABRIL DE 2006

GRANADA

MMVI

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-683/2006
I.S.B.N.: 84-934816-0-2 / 978-84-934816-0-5

DISCURSO
DEL
ILMO. SR. DON JUAN DE LOXA

Granada en el lienzo de plata

(Texto leído y cantado por su autor
en homenaje a D. Francisco Ayala)

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

CUANDO Francisco Ayala publica “Indagación del cinema” (Mundo Latino, Madrid, 1929), la seducción por el nuevo arte ya habitaba en gran número de los creadores contemporáneos al escritor granadino, poetas, dramaturgos, novelistas, directores de escena, pintores y aquellos que serían pioneros en los hallazgos técnicos que comuniquen al espectador credibilidad, fantasía, magia y asombro. Nuestro autor, ahora observante iluminado de su propio centenario, regresa en otras ocasiones para revisar aquel recuerdo intacto y sin olvido: *Yo he pensado en el cine, mi coetáneo, con amor, con encanto, y hasta con cierto desenfreno. El cine –no el circo– es el espectáculo que primero me sobrecogió de maravilla, al ofrecerme el único paisaje posible en que los frutos son globos infantiles y en cuyos lagos pueden florecer los gramófonos.* No es de extrañar que, el que fuera colaborador de “Gallo”, donde se ofrecía “Paseo con Buster Keaton”, de Lorca, participase de idéntico fervor y más en aquella etapa en que se compartían los principios del arte de vanguardia y la mirada hacia los cómicos y diosas.

Si el motrileño José López Rubio, en su aventura americana (1930), de repente se encuentra con el mito Charles Chaplin, en carne y hueso, con o sin bastón y bombín, o en pelotas, como el contó con cierto orgullo una vez vencido el pudor: *Bajamos al baño turco* –lo sitúa en el bungalow que ocupaba Douglas Fairbanks– no sin antes oír la invitación: *desnude*, lo que al joven español le hizo pensar ¡me he metido

en Sodoma! Y allí estaba Charlot sudando con toalla y sin bigote. “Españoles en Hollywood”, ameno y documentado trabajo de Álvaro Armero, detalla la presencia del genial Edgar Neville, Martínez Sierra con Catalina Bárcena; José Crespo, Eduardo Ugarte, Rafael Rivelles, Juan de Landa, María Fernanda Ladrón de Guevara, para la que el autor de *Celos del aire* –su comedia más popular– realizó varias cintas en el mercado de habla no inglesa. De todo ello hablaríamos una tarde, en su casa madrileña de Juan Álvarez Mendizabal, aquellos días en que, por error, los documentos de su relación con Federico irían a parar a un lugar distinto al que él deseaba.

Una y otra “Generación del 27”, los vinculados a las Misiones Pedagógicas y los que no, los que vivieron el camino a la izquierda, a la muerte o al exilio y los que no; los que pensaron que las manos son inocentes y los que en la España de posguerra tuvieron en “La Codorniz” la vía más inteligente para su expresión sin libertad, o el poeta de la imagen, Val del Omar, desde su laboratorio de las maravillas, ellos son mi sueño de utopías: esa enfermedad sin cura que ningún doctor sería capaz de diagnosticar “cinematitis”, por la que río y sonrío o salgo de la sala sonllorando porque: *Ha muerto la madre de Charles Chaplín / muerta la llevan en un calcetín / El calcetín era de Pío Nono / Muerta la llevan en una botella de anís del mono*. Fue una gran sorpresa la recuperación de este texto lorquiano, un poema espléndido que yo he leído cientos de veces en público, provocando la carcajada del oyente, luego congelada, si la desolación emergía en un fotograma cercano de los versos. Los que pidieron perdón por nacer con el cine aportaron guiones imposibles (con *Viaje a la luna* se atrevió Frederic

Amat, como antes Buñuel, en la etapa daliniana de *El perro andaluz* y *La edad de oro* donde incorporó al reparto a Manuel Ángeles Ortíz).

Me permito ahora revisar fugazmente algunas páginas de mi diario para las que he tenido la osadía de elegir un título que podría compartir con muchas otras personas de mi generación y, al mismo tiempo, rendir homenaje a un poeta querido: “*Mi infancia son recuerdos de un cine de verano*”. No había limoneros, aunque sí aromas de dompedros y jazmines. Una gaseosa, con tarro de cristal en forma de pera, un lujo que no todos se podían permitir si en la pantalla, en un corte de la película, en un cambio de rollo, la diapositiva pintada a mano te invitaba a visitar el selecto *ambigú*. Los hombres aprovechaban para ir a mear, mientras las esposas, o las novias, esperaban sentadas en su silla de anea. Tardaban en incorporarse al lado de la pareja, pues un vermut de garrafa los entretenían en la improvisada barra y acaso al regreso, intentaban un juego de manos tan inocente como permitía la luz de la luna. Curiosamente, según escribe el fino escritor Andrés Trapiello, refiriéndose a Azorín, *éste jamás se durmió en un cine ni se salió de una película, ni comió cacahuetes, ni cometió actos impuros...*, expresión que me trae ecos de palabras oídas en los confesionarios. Una copla emerge entre las brumas del tiempo: días de modistillas, estraperlo, misa de doce y mis tías yendo a que les cogieran los puntos de las medias, con o sin costura, todavía de seda, que no de cristal: *Si vas al cine con tu novio ten cuidao / no te emociones con la cinta demasiao...* Si en el cine de mi pueblo mirabas hacia la lejanía de la sierra, no eran estrellas fugaces los puntitos de luz en aquel horizonte. Algunos “maquis” bajaban por las veredas, entrando por los

corrales a sus propias casas: de valor y muerte aquel film con final, a veces, en las tapias del cementerio y velos de luto y dolor en las familias. Nani Fernández cantaba “Yo te diré” de *Los últimos de Filipinas*, cuando el público comenzaba a marcharse: *No me abandones nunca al anochecer / que la luna sale tarde y me puedo perder...* La infancia que yo viví fue la de los emblemas del Auxilio Social, el gordo y el flaco, las heroicas historias del “Florido Pensil” (sea mi homenaje para Andrés Sopeña) y sobre todo las reposiciones de Greta Garbo o Imperio Argentina, cuyos primeros planos y canciones ya formarían parte de mi vida hasta el día de hoy.

He de pasar las páginas de este álbum secreto y situarme ya, si bien a pinceladas, en lo que pueda responder con algo de coherencia y más si mojo la pluma en la tinta del corazón, que no siempre en la literatura se acepta por el receptor, si las líneas se convierten en un manantial de emociones, porque aunque seamos una película, ha de exigirse un buen guionista, maestros de la cámara y las luces, un director, el mejor pentagrama y un buen reparto, como el de aquellos estrenos en Coliseo Olimpia, cuyos cartelones anunciaban a las figuras de los 40 y 50, Amparito Rivelles y Alfredo Mayo, a quienes las niñas soñadoras adjudicaban un idilio, cantado con la música que el Maestro Quiroga compuso para *Luis Candelas: Debajo de la capa de Alfredo Mayo / Amparito Rivelles monta a caballo...* En relación a la máxima intérprete del cine español de todos los tiempos, Imperio Argentina, que me brindó su amistad y sabiduría durante cerca de cuarenta años, guardo unas grabaciones, que formarán parte de mi donación a la Junta de Andalucía para su custodia y conservación, en las que la artista cuenta, con todo detalle, el rodaje de la cinta muda *Los claveles de la*

Virgen, con exteriores e interiores en Lanjarón y La Alhambra y cuartel general del equipo dirigido por Florián Rey, la taberna del Polinario, donde hizo gran amistad con D. Antonio y, sobre todo, con un músico joven llamado Ángel Barrios. Sesenta años después, aunque era asidua del Festival Internacional de Música y Danza, con su hermana Asunción (citada por Antonina Rodrigo) visitábamos, acompañados por un grupo de personas muy queridas, los mismos escenarios con el monumento iluminado. Pese a las transformaciones, Magdalena conservaba la memoria a sus más de noventa años, antes de que, como a María Teresa León, su gran amiga en temporadas argentinas, se viese vulnerada por ese mal de las ensoñaciones que se pierde en un bosque de melancolía, pensamientos de nubes y aplausos, solo con el seguro de eternidad del celuloide o los libros. Enhebrar las ideas, Ilmos. Sres. y distinguido público, me hace recorrer los laberintos de seres irrepetibles entrelazados; esa imagen de María Teresa haciendo radio para sobrevivir, firmando los guiones con Rafael para que les pagasen más, trabajando de extra, poniendo su talento al servicio de *La dama boba* o *Los ojos más lindos del mundo*. Y Francisco Ayala observándolo todo como antaño: *Los niños españoles le ríen el hambre a Charlot, y el también ríe su risa, enseñando los dientes blanquísimos en un desquijaramiento de hambre y carcajada.*

En “Gallo” (1928-29) publica Ayala “Susana saliendo del baño”, junto a Dalí, Bergamín y Francisco García Lorca. Era una revista con anuncios, incluso del Salón Regio (se proyectaba *El sargento malacara*), o el Olimpia (con la entrada a 30 céntimos) mientras Imperio rodaba su segundo trabajo, que antes citaba, tras el éxito de *La hermana San Sulpicio*,

que tanto gustó al autor de la novela, D. Armando Palacio Valdés y de la que se haría la versión sonora en plena República, después de que la actriz-cantante-bailarina rodara en París con la Paramount, al modo de los que se fueron a Hollywood, como el citado López Rubio, al que luego habremos de volver, que hasta consiguió, igual que Ángeles Ortiz en *La edad de oro*, una aparición en *Luces de la ciudad*. De *Los claveles de la Virgen*, a cuyo rodaje se acercaron a curiosear muchos “rinconcillistas”, únicamente queda el testimonio de que dispongo y un libreto. La película narraba la historia de una bordadora de tul –antes mujer de vida fácil– que hacía primores con la aguja y a la que Ntra. Sra. de las Angustias le hizo el milagro de la conversión. Mi bellísima amiga Conchita Hidalgo, viuda de Soriano Lapresa, me contaba: *¡Ellos eran los más modernos de la ciudad y adoraban a “la diosa de ébano”! ¿sabes quien te digo?, mientras se perfilaba los labios a la luz del escaparate de una joyería.*

Si las cosas se hicieran como es debido, escribe Ayala, estas líneas dedicadas a Josefina Baker, estrella negra, habrían de imprimirse en rojo. Así como todo lo demás en tinta azul. Porque el cine es una cosa azul: tenue y lírica. Y Josefina –los negros–, un grito raro y un grito sangriento; un grito rojo. (Rojo –se diría– como una mota de clarinete.)... Un negro incendia el celuloide.

Yo quedé cegado por el brillante de su ombligo y su sonrisa Denticlor, la temporada que *Carmen la de Granada* –me refiero a Sarita Montiel– la contrató para su espectáculo. *Carmen la de Ronda*, de Tulio Demichelli, se llamó en Francia, en Bélgica, “de Granada”, pues de este modo –según los distribuidores– tendría mas éxito. *Clavelitos / de la tierra adorada / Clavelitos / que vienen de Granada...*

cantaba en su gira María Luján, personaje encarnado por la Montiel, en *El último cuplé* (1957), al regreso de codearse y rodar con Gary Cooper, Bur Lancaster, Joan Fontaine, a la que clavaba un estoque en *Dos pasiones y un amor*. Esta última fue una de las grandes del cine americano que trabajó entre nosotros; otra Merle Oberón, gracias a los buenos oficios de Luis Escobar y la tercera –aunque no sé si fue de montaje, Debie Reynold, en la película *Empezó con un beso*, luciendo por nuestras calles un coche impresionante, aún con el tranvía y algunos burros y cabras descarriadas.

El cine hecho en Granada, con directores o actores granadinos, basado en libros escritos por granadinos, músicos, –desde Manuel de Falla, que lo considero como tal, a Francisco Guerrero– o aquel con referencias o presencias de pueblos de la provincia – *Sopa de ganso*, de los Hermanos Marx, con una panorámica de Loja, además de personajes reales o de ficción que serían suficientes para un Museo del Cine, tantas veces demandado por mí, sin que nadie haya querido considerar el proyecto como algo de interés y factible. Únicamente, para contractar que no se trata de una idea absurda, pasaré a enumerar sólo algunos de los trabajos relacionados con el séptimo arte, nombres y resultados, que me vienen a la memoria, con el aval ya de los creadores señalados hasta ahora y los que irán mostrándose en el desarrollo de este inventario incompleto por insalvables limitaciones de tiempo.

Muchos coinciden que una de las más interesantes películas rodadas en el plató natural del Albaicín fue *María de la O*, destacando una jovencísima Carmen Amaya de la mano de la mítica Pastora Imperio, con el galán Julio Peña. Basada en la comedia de Salvador Valverde y Rafael de

León, preparada en las postrimerías de la República, se filmó en 1935-36, basándose en una canción del Maestro Quiroga. Dirigida por Francisco Elías, es adaptada para el cine por José Luis Barbero y José López Rubio. Con una magnífica Zambra del Sacromonte, igual María de la O y La Itálica (Carmen Amaya y Pastora Imperio) estaban de dulce, de *brazo gitano*, me atrevo a asegurar. Un producto –con ingredientes de españolada– *obra clave del cine republicano español*, según algún crítico, aunque la cinta tuvo que esperar al fin de la guerra para que se viera en la pantalla del Palacio de la Prensa, el 27 de noviembre de 1939, sin que los comentaristas se pusieran de acuerdo: *Dos homicidios para empezar y luego zambras gitanas y marqueses de “doublé” y muchos gritos. Y Granada de fondo*. (Debo estos datos a Caparrós Lera, en su obra “Arte y Política en el Cine de la República (1931-1939). A mi criterio, al margen del argumento, muy bien estructurado, se trata de una buena muestra de un cine popular con calidad, como lo fuera *Morena Clara* o *Nobleza Baturra* y con la singularidad de poder situarnos en el Sacromonte de la época, con rostros inigualables en la historia de las cuevas para la danza, como no volvimos a ver hasta *Duende y misterio del flamenco*, de Edgar Neville con la gran Pilar López y Antonio en dos soberbias presencias o el asombroso poema en imágenes de *Aguaespejo granadino*, de Val del Omar.

Para no alejarnos del escenario de la primera *María de la O* –la de Lola Flores es otro cantar– tomo entre mis manos el programa publicitario de *Forja de Almas*, la vida del Padre Manjón y los problemas de una gitanilla (Antoñita Colomé), que tiene como objetivo fundamental la divulgación de la magnífica labor del que fuera Canónigo del Sacromonte y

fundador de las Escuelas del Ave María. Sus innovadores métodos pedagógicos, adornados por la gracia y las dotes cantoras de la artista, logran un producto muy de la época en donde la fe vence al pecado, con la protagonista hecha un mar de lágrimas cantando una copla a la Virgen. Dirigida por Fernández Ardavín, la publicidad de 1946 aclaraba: *Recomendada por las Autoridades eclesiásticas. Un film que deben ver todos, y en particular los niños.* En la puerta de una conocida parroquia, la clasificación moral de la película era representada por una cinta blanca. Si hubiera sido celeste, correspondería a mayores de 14 años; si rosa, mayores de 21 años; si roja, mayores con reparos (le llamaban 3R) y si negra —como rabo del diablo—, gravemente peligrosa: no debe verse. Yo pequé en *Gilda* y *Niágara*, a fuerza de llorarle al portero, que fue benevolente a cambio del dinero de la entrada, que no me hubieran dado en taquilla. Al salir del local, creí que todo el mundo me miraba y luego, por la noche, soñé que Dios me daba un bofetón con un guante de Rita Haywort, levantándome con un flemón.

Como ocurrió en su día con Fray José Mojica, el nombre del clérigo granadino José M^a Granada fue totalmente desestabilizador al escribir y dirigir, en la prehistoria del arte nuevo, películas como *Flor de España* (1921) con las tres hermanas Cortesina, (Ofelia, Angélica y Elena, actriz lorquiana amadísima por el poeta) y *El niño de oro* (1925), entre otras, esta vez con Fernando Fresno, el gran caricaturista y actor, compartiendo reparto con el mismísimo José M^a Granada. Evito esta viñeta, solamente estudiada según creo por M^a Dolores Fernández Fígares, Román Gubern y pocos más, para recorrer las cortinas que nos muestran los años cuarenta, década de mi nacimiento en una fecha de la que apenas tengo

el recuerdo. Yo era un bebé que lloraba si había tiros y me portaba bien si salían en la pantalla féminas aunque tuvieran ojos de mujer fatal a la manera de Bette Davis.

Argumentos de Pedro Antonio de Alarcón recorren los años cuarenta. José Luis Saenz de Heredia lleva a la pantalla *El escándalo* en 1943. Armando Calvo, Mercedes Vecino, sus protagonistas, mostrándonos la vida del espadachín Fabián Conde; en la temporada siguiente la comentadísima –casi un Hitchcock a la española– *El clavo*, esta vez con otro reparto de lujo, Rafael Durán, Amparito Rivelles. Realizada por Rafael Gil, de un crimen que parecía perfecto, se promocionaba de boca en boca, sin que se debiera contar el final. Dos años más tarde, 1946, de nuevo el autor accitano permite, basada en su novela *La Pródiga*, una de las más interesantes obras de Rafael Gil. Ya en 1963, Espartaco Santoni consigue encarnar al aventurero de *El escándalo*, dirigido por Javier Setó, sin el éxito de la precedente, pese a la apostura del célebre conquistador en la pantalla y en la vida, experto en arruinar –o intentarlo– a folklóricas o aspirantes a baronesas.

Una curiosidad: *Alhambra*, de Juan Vilá Vilansala, 1949. ¡La triste historia de la Marquesita del Genil...!

1948 marcó el inicio de un filón de cine histórico, con *Locura de amor*, que lanzó al máximo estrellato, en España y América, a quien, en etapa predemocrática, puso en los escenarios *Oigo Patria tu aflixión*, de Fernando Arrabal. Juan de Orduña, de la mano de “Cifesa”, la antorcha de los éxitos, dirigió a la gran Aurora Bautista, rodeada por Fernando Rey como Felipe el Hermoso, una jovencísima Sarita Montiel y el guapo Jorge Mistral. La Bautista, actriz tan versátil que igual borda los excesos de la reina loca de celos, que la memorable Tía Tula, de Unamuno.

María Antonia Fernández La Caramba (que “era una rosa cuando vino de Motril / a plantar plaza de maja en la villa de Madrid”), –que Conchita Piquer, otra pionera del mudo y el sonoro popularizaba en las radios–, tuvo su película poco afortunada, aunque la dirección corriese a cargo de Arturo Ruiz Castillo, componente de *La Barraca*, con quien tuve el gozo de conversar en mas de una ocasión. Su estrella, Antoñita Colome, al lado de Paco Rabal en su primer papel protagonista. El galán había saltado a los escenarios en los Autos Sacramentales, montados por José Tamaño en la Plaza de las Pasiegas. Las piernas de Paco le hacían la competencia al decorado de Diego de Siloé, provocando malos pensamientos a más de una y uno. 1950 coincidía con la llegada al Sacromonte de Paquita Rico con su cinturón de castidad. *Debla la virgen gitana* y Alfredo Mayo. Dirección, Ramón Torrado. Con ellos la deliciosa Lina Yegros, inteligente actriz y algo llorona.

1950 tiene como huéspedes a José Isbert y Carmen Sevilla. Un director de la talla de Florián Rey, regresaba a W. Irving –esta vez bajo el título general de *Cuentos de la Alhambra*–, cuyo cartel diseñado con enorme acierto, fue una de las grandes propagandas de nuestro monumento.

Dos años después, *Decamerón nights*, *Tres historias de amor*, para España y *Tres noches de amor* para los países sin tan sutil censura, tuvo como telón de fondo La Alhambra y con un reparto de lujo, Joan Fontaine, Louis Jourdan y una increíble Joan Collins, bajo la dirección de Hugo Fregonese. Boccaccio cuenta tres relatos, con perfiles eróticos, en un paisaje de las mil y una noche.

En ese mismo año 1952, de nuevo Carmen Sevilla, con el ídolo de Francia, Luis Mariano, vasco de nacimiento y des-

preciado en nuestro país por su amaneramiento y aunque sus dotes como cantante eran extraordinarias, el pueblo cruel levantaba murmullos desde el patio de butacas o el paraíso. En el caso de *Violetas imperiales* corrió mejor suerte, pues el rey de la opereta se encontró con una partitura acertadísima, brillando nuestro paisaje y la ingenua violetera granadina, que leyó la palma de la mano a Eugenia de Montijo, hizo un papel a su medida, sólo desconcertando al espectador al aparecer su voz doblada con acento francés en uno de los cantables más populares del cancionero de la artista, concretamente el vals que da título a la cinta. Un vestuario espectacular, en años aún con el hambre auestas y los personajes mimados por el régimen debían ser santas, reinas, las dos cosas a la vez o soldados que se arrepienten de su pasado tomando un camino a la derecha.

Siguiendo el hilo de *Violetas imperiales*, debo recordarles la *Eugenia de Montijo*, en 1944, realizada por José López Rubio, director también de *La malquerida*, *Pepe Conde*, *El crimen de Pepe Conde*, *Muchachas de Damasco*, –primera colaboración de José Luis López Vázquez con el director motrileño, pero como ambientador, figurinista y ayudante de decoración–. López Rubio rodó en 1947 *Alhucemas*, con Sarita Montiel y José Bódalo y en 1954 *La otra orilla* ya con López Vázquez en un papel. Sin embargo vamos a remitirnos a *Eugenia de Montijo* de la que el actor nos recuerda: *Pedimos prestados muebles, lámparas, alfombras...*, *de todos los palacios de Madrid*. Granadina de La Magdalena, su casa luego juguetería y espacio muy distinto a lo que podría haber sido, si las Instituciones no hubieran demostrado su torpeza al no convertirla en Museo (y ya van dos), como lo tiene en Biarritz. La protagonista perfecta fue... Amparito Rivelles, y quien montaba a caballo, Mariano

Asquerino. Alfredo Mayo, después de un éxito inesperado al avalanzarse sobre un pecho de Sara Montiel, en *El último cuplé*, logró junto a Carlos Saura papeles magníficos por poner un sólo ejemplo, el de *La caza*.

Al hablar de Josefina Baker a la que Francisco Ayala elogió en su película *La Sirena de los trópicos*, de 1927, he aquí ante mis ojos el programa troquelado con la *vedette*, vestida y con dos ventanas en los senos para que no pasen calor con los focos; en mi álbum, junto a esta joya, otra: tríptico en gris plata y los rótulos invitadores: *Una vida multiforme y apasionada de una humilde vendedora de violetas transportada a un mundo de ensueño por la gratitud de una soberana... Evocación de una época de fastuosidades, de riqueza deslumbradora en la que la corte de Francia se rendía ante la belleza seductora de su Emperatriz*. La eximia actriz Raquel Meller en la gran superproducción *Violetas imperiales*, con diálogos y cuplés en español. Fue ésta la única película sonora de la artista, dirigida por Henry Roussell en 1932, aunque Meller ya había rodado anteriormente una versión muda de la misma opereta. Es posible que a Eugenia le falte aún su película. Falleció en 1920 y dejó dicho: *La leyenda ya está hecha, y la leyenda vence siempre a la historia*. Yo la conocí anciana. Se llamaba Felicidad Blanch y me la presentó Antonio Gala. En mi residencia de la Cuesta de San Gregorio, vestida de emperatriz, me dedicó el libro-guión de *El desencanto*, de Jaime Chavarri.

En 1954 proseguía el discurso oficial de mostrar al extranjero las excelencias de España cada vez con un aparato de propaganda mas capaz de unir talentos y fichar una artista de prestigio internacional. La estrategia esta vez dio magníficos resultados, con un argumento que, aún reuniendo todos los

lugares comunes, dio lugar a una película de bastante interés en sus diversos ingredientes, la belleza de Merle Oberón y Paco Rabal, el fabuloso trabajo de Antonio y su ballet y, un músico capaz de hacer para el cine obras de arte auténticas. Me refiero a Ernesto Halffter, discípulo predilecto de Manuel de Falla que ya desde los títulos nos brinda la melodía “Alhambra y tú”, creación primero de M^a Dolores Pradera y de Imperio Argentina después, cuyos sonos cobran sus más altas cimas en escenas de Oberón-Rabal, con un paisaje granadino en el límite de la belleza que deja al espectador completamente cautivado. Decorados para el baile de José Caballero. Y Antonio, respondiendo brillantísimamente al surrealismo de la coreografía de múltiples matices, creando un espectáculo inolvidable. Película para exportar y otro cartel de propaganda para una ciudad que iniciaba su gran Festival Internacional de Música y Danza. Por otra parte, el título del filme, *Todo es posible en Granada*, se convirtió en una frase tan popular, que ha sido aceptada, sin preguntarnos su origen y con resignación al aplicarla para lo bueno y para lo malo.

Al margen de los títulos reseñados no merece la pena citar algunos subproductos, como la segunda versión de *Todo es posible...*, con Manolo Escobar o *El seductor de Granada*, de Luis Sandrini.

A finales de los cincuenta, una curiosa cinta y con muchos puntos de interés, salta a las carteleras. De nuevo el bailarín Antonio y Ludmilla Tcherina, una actriz-bailarina rusa, muy prestigiosa. La música de los ballet tiene la autoría de Manuel de Falla y la dirección corre a cargo de Michael Powell, sobre guión del mismo y de una de las mentes más brillantes de su generación, mi admiradísimo Luis Escobar, artista total capaz de dirigir el Teatro Español en

una etapa tan gris de nuestra historia, montar revistas con Nati Mistral y Conchita Velasco –que venía de Celia Gámez– en el Eslava, su propio local y, al ser respetado –como en el caso de Pilar López o José Tamayo– por las instancias oficiales, traía a España a Jean Cocteau, tenía su segundo centro de trabajo en Tánger, zona que era un mundo aparte con escritores como Eduardo Haro o Paul Bowles, y aunque su popularidad no trascendió al gran público hasta que Berlanga los rescata como actor cinematográfico, el Marqués de las Marismas del Guadalquivir había sido capaz de montar la primera “Yerma” del franquismo en Spoleto y luego en Madrid, con Aurora Bautista, Enrique Diosdado y, sólo para las funciones italianas, Conchita García Lorca, una mujer de extraordinaria simpatía –la más parecida a su hermano Federico– en el papel de vieja pagana; pero al querer dedicar mi recuerdo a Luis Escobar –también director cinematográfico– me he alejado demasiado de las líneas que se ocupan de la película que empecé a esbozar, *Luna de Miel*, con un tesoro en ella, un tema de Mikis Theodorakis, al que posteriormente puso letra Rafael de Penagos. La recién desaparecida Gloria Lasso popularizó la melodía que sonaba en las radios: *Nunca sabré que misterio nos trae esta noche / nunca sabré...*, y se convirtió en un símbolo de nostalgia esperanzada en *Asignatura pendiente*, de José Luis Garcí, un cine que conecta con *El último guateque*, de Juan José Porto.

Los sesenta nos iban cambiando a todos y a la cinematografía también: Cada vez menos mojigatos, el gran dramaturgo José Martín Recuerda, entrega al director catalán Antoni Ribas su libreto de *Las salvajes de Puente San Gil*, triunfante de los escenarios. El realizador de *La ciutat cremada* nos ofrecía su primera obra como director, consiguien-

do de la función de Recuerda –que Marsillach había dirigido– un producto escandaloso para muchos. Era el año 1967. ¡Magníficas Carmen de Lirio, Charo Soriano, Trini Alonso...!

El pop va desplazando a un segundo plano el cine folklórico en diversas producciones entre las que no debemos olvidar *Objetivo las estrellas*, con aquel modelo de chica moderna, muchacha preciosa, llamada Li Morante que sin llegar a las cimas de Gelu –todo un clásico– era lanzada a la popularidad, si breve, en un guión apto para todos los públicos. 1963 fue el año de Li Morante, que decidió no continuar su incipiente carrera.

En musical, un gran éxito para el granadino Eugenio Martín, sería *Las Leandras*, con el lujo que suponía unir al nombre de Rocio Dúrcal el de la veterana Celia Gámez, la gran *vedette* que estrenó la famosa revista de Muñoz Román y González del Castillo. Reparto y éxito de público para el director que, después de haber sido responsable del Cine Club Universitario de Granada, rueda varios cortos, *Viaje romántico a Granada* (1955), y más de treinta largometrajes, algunos curiosísimos.

En el año 1969, la música ligera, tiene dos vehículos que hoy es preciso observar como un documento del tiempo nuevo, ye-ye, pero lejano a *¡Qué noche la de aquel día!*, de Richard Lester y The Beatles; me refiero a *Hamelin*, para el rockero Miguel Ríos junto a Luchy Soto y el extraordinario Miguel Ligerero, entre otros, dirigidos por Luis María Delgado. El célebre relato del flautista y los ratones (le cambian el violín por una guitarra) en una película con canciones, alegría, emoción y ternura, según algunas de las frases publicitarias. Al final el héroe se casa con la hija del contraamaestre y se dedican desde entonces a comer perdices. *A cuarenta y cinco revoluciones por minuto* es la otra película al servicio de grupos y jóvenes artistas ya populares y queridos. Un verda-

dero documento para el pop hispano la presencia de “Los Ángeles” que tienen la oportunidad de interpretar temas memorables: “Momentos”, “No sé qué hacer” o “Mañana, mañana”... Además, con ellos, “Fórmula V”, y su eterna “Cuéntame”; Juan Pardo y “La Charanga”. *Una película para verla dos veces... y escucharla tres*. En su reparto, los mejores secundarios, Rafaela Aparicio, Rafael Alonso, Guadalupe Muñoz Sampedro... todos arropando a los músicos, igual que José María Iñigo, Encarna Sánchez y Miguel de los Santos. O sea, “Los 40 principales... y más”.

Imagínense mi pesar al darme cuenta de que el reloj de Harold Lloyd me pone el gran dedo de su manecilla en la boca. Sólo puedo decir que paisaje y nombres granadinos podrían hacer de esta ciudad otro sueño de celuloide, como París, Nueva York o Almería en aquel tiempo de humo y Leone. No es así –aunque hubo recientes excepciones– y para que sea, yo haré esta noche un pacto a la hora de dormirme con “el demonio y la carne”, y rezaré a la Divina Greta Garbo, a quien Francisco Ayala retrata *como un alma ardiente como la nieve*.

Llegados a este punto, dejo archivados los años venideros. Sin embargo, por cercanía con el maestro debo volver, aun levemente, a la prehistoria, para dar paso a los últimos fotogramas del discurso encomendado. Restauraremos el nombre del francés Marcel L’Herbier, que ya dirigió en 1918, precisamente en Granada, *Eldorado* y cuyas fuentes estéticas podían haber sido Griffith o Sjöstrom. *Melodrama*, como subtítulo: Bailarina española con un hijo sin padre, ama en secreto a un pintor novio de una rica. El sacrificio y el amor le lleva a entregar al niño a la pareja y se suicida, después de haber sido ultrajada por el malo de la película.

Están a punto de encenderse las luces de la sala. Les anuncio que tengo preparado el equipo de rodaje para entrar en acción, como el más respetuoso tributo a D. Francisco, que ha venido envolviendo todo lo hasta aquí esbozado.

“SUSANA SALIENDO DEL BAÑO”.

¡Silencio, se rueda!

Los dos grifos de níquel —raras aves, agarradas a la piel tersa de la bañera— miraban, pensativos, ya sin agua caliente y fría, el dramatismo de su cabeza abandonada.

...

Surgió un brazo, como una seña. Surcado de venas. Chorreando. (Los cinco dedos, clavados como raíces en la esponja). Se abrió la mano, y la esponja —estrella rubia— naufragó en una tibia aurora de carne y porcelana.

...

Se cubrió con una sábana de pies a cabeza. La cabeza, húmeda, trágica. Los pies, apuntados triangularmente. Los pliegues, ceñidos al cuerpo...

El espejo sonreía, como una ventana, sobre la mesa de cristal.

FIN

(Los intérpretes y el director agradecerían un aplauso del respetable)

JUAN DE LOXA
Loja (Granada 1944)

Poeta y periodista, realiza estudios en el Insigne Real y Pontífice Colegio del Sacromonte, en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, Escuela Normal de Granada y Murcia y en La Complutense de Madrid en la rama de Ciencias de la Imagen. Su andadura literaria se inicia más formalmente, con la fundación en 1968 de la revista “Poesía 70”, al cuidado de Claudio Sánchez Muros. Pone en marcha asimismo, “Manifiesto Canción del Sur”, de gran proyección desde 1969.

Aunque con numerosa obra inédita, ha publicado *Las aventuras de los...* (Colección “El Olivo”, Jaén, 1971), *Y lo que quea por cantar* (Ediciones Demófilo, Córdoba, 1980; 2ª ed. 1981), *Crimen maravilloso*, libro de artista con dibujos de Quijano (Fernán-Gómez, editor, Madrid, 1981), *Christian Dios en cada rincón de mi cuerpo* (Colección Silene Minor, Granada, 1982), sin olvidar *La invasión de los bárbaros*, disco con música de José Nieto e interpretado por Aguaviva (“Edigsa”, Barcelona, 1980). Mario Maya estrenó: *Ceremonial*, 1975 (espectáculo pionero en cuanto a nuevos planteamientos del género) y el musical jondo *¡Ay!* El director cinematográfico Tony Gatlif, basándose en esta obra ha rodado la película *Corre gitano*. Juan de Loxa editó igualmente el disco, *¡Ay Jondo!, ... y lo que quea por cantar*. Últimos trabajos discográficos, un tema incorporado por Enrique Moratalla al CD *Corazón transeúnte*, Alfredo Arrebola elige para su trabajo sobre poetas granadinos un texto extraído del libro *Y lo que quea por cantar*, y Enric Hernaez, recientemente, en el CD *¡Oh poetas salvajes!*

Inventor del “Jondismo”, incorpora elementos del “cante jondo” a sus trabajos tanto visuales, como fonéticos, siendo algunos textos suyos referencias inspiradoras para obras musicales como *Jondo*, del compositor Francisco Guerrero, así como, del mismo autor, *Ordeno cambiar las camelias según se vayan marchitando* y *Loxa*.

Estrenó también *Concierto de flauta y guitarra para Ángeles caídos*, interviniendo él mismo como recitador.

Estas experiencias las desarrolla en el espectáculo y disco *No hay derecho*, con música de José Nieto y Virgilio Fernández. Félix Grande lo incluye en la antología de un libro imprescindible, *Memoria del flamenco*, destacando otras como *Degeneración del 70: poetas heterodoxos andaluces* (“Antorcha de paja”, Córdoba ,1978 y *En la misma ciudad, en el mismo río, poetas granadinos del 70*, de Fernando de Villena .

Textos de Juan de Loxa, han sido traducidos a varios idiomas, apareciendo *Christian Dios en cada rincón de mi cuerpo*, en lengua griega. Su última publicación, *Echad la culpa a Mame*, en Argentina.

Parte de su trabajo como activista literario, en los últimos años del franquismo y la transición española, están reflejados en el libro *Crónica cantada de los silencios rotos*, publicado por Alianza Editorial y cuyo autor es Fernando Lucini.

Posee Juan de Loxa varios premios literarios y de popularidad, habiéndosele concedido, en 1982, el Premio Ondas de Radio, por el programa *Poesía 70* que se ha emitido durante veintiséis años en una cadena de emisoras. Le ha sido impuesta la Medalla de Honor, de la Real Academia de Bellas Artes de Granada. En la actualidad, continúa la redacción de sus memorias bajo el título *No es Dauro todo lo que reluce*.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON PEDRO ENRÍQUEZ

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

JUAN de Loxa acaba de leer, y cantar, el discurso que ha titulado “Granada en el lienzo de plata”, un completo recorrido por, según sus propias palabras, *...El cine hecho en Granada, con directores o actores granadinos, basado en libros escritos por granadinos, músicos,... o aquel con referencias o presencias de pueblos de la provincia...* .

Ha puesto en escena, desde principio de los años treinta hasta finales de los años sesenta, nombres y lugares de la Historia del cine vinculados al nombre de Granada, y ha dejado escrita una petición que no es nueva: la creación de un Museo del Cine en nuestra ciudad, una idea viable y necesaria de llevar a la realidad.

Tal vez extrañe que el discurso de Juan de Loxa, tan vinculado al nombre de Federico García Lorca y al que ha dedicado con extraordinario acierto más de la mitad de su vida, no haya tenido como figura y centro a nuestro poeta universal, y del que hubiera podido escribir datos y anécdotas inéditos.

Pero Juan de Loxa no es sólo “uno”; leyendo su biografía es como si varios Juan de Loxa hubieran vivido de forma paralela y polifacética: periodista, guionista, editor, creador de espectáculos, fundador de empresas culturales que han crecido con fuertes raíces y altas ramas, activista cultural, locutor de radio, conferenciante, viajero de espíritus y amistades, poeta siempre, ya sea en letras flamencas, en poesía

visual o en sus poemas con referencias al llamado séptimo arte, que aparece de forma constante.

Para escribir sobre algunos ejemplos de su obra poética vinculada con el cine, visité a Juan recientemente en su nuevo domicilio. La música ocupaba el aire de una habitación con amplios balcones desde los que se puede contemplar la Torre de la Vela y las alturas de Sierra Nevada. Me refiere un poema suyo, inédito del año 72, titulado “Dos cabalgan juntos”, y comienza la búsqueda, entre objetos de reciente mudanza.

El camino hacia el encuentro es tan sorprendente como el destino: pequeños y grandes tesoros aparecen en cada estante en que la mano de Juan se detiene como un explorador de su propia historia: manuscritos y dibujos de Alberti, textos de Jorge Guillén, cartas de Vicente Aleixandre, poemas de Gabriel Celaya, palabras de Luis Rosales, revistas de “Poesía 70” personalizadas por los escritores con su propia letra; talonarios de banco firmados por Pérez Estrada, Félix Grande, Rafael de Cózar, con textos como: *páguese un zumo de tomate en mi casa...*

Pasan las horas como si fueran minutos, y Juan habla de la tumba de Miguel Molina y Celia Gámez, en Buenos Aires, en el cementerio de “La Chacarita”; del día que conoció a la última rubia de Hitchcock; de la película “Corre gitano”, que se basó en un texto suyo; del concierto de Francisco Guerrero inspirado en su poema “Ordeno cambiar las camelias según se vayan marchitando”, que termina con estos versos: *Greta / espera su turno. El palco está en tinieblas. / Y en la tarde de hoy, dice el telediario, un ramo de camelias fueron guillotinadas*; de su poesía western en el libro “La aventura de los...” leyendo los siguiente versos: *Gary Cooper espera / la inútil diligencia, la estrella se retoca / en el labio inferior*;

de su última publicación, una antología bajo el título “Echad la culpa a Mame”, aparecida en Argentina....

En ese momento, como una manera mágica de regresar al año 1946, su voz dice *Put the blame on mame...*, y la legendaria Rita Hayworth, la atractiva y provocativa Gilda, nos muestra su brazo desnudo donde puede contemplarse la pantalla de un cine sin tiempo, anclado en la juventud eterna de los actores.

Rita Hayworth no quiere abandonar la escena del recuerdo; *amado mío...*, susurra con voz hipnótica, y Juan abre las páginas de su libro “Christian Dios en cada rincón de mi cuerpo”, y lee los versos del exorcismo: FOTOGRAMA: / *Necesario es un guante. / Un foco es necesario. / Necesaria es la orquesta... / Lentamente discurre el poema en sus labios... / Queremos ese busto. / Technicolor exige para el Amado mío.*

Termina la oración, Gilda sonrío y desaparece besando la página con una bofetada sensual. Pero los versos aún siguen, cinéfilos en los labios y en el libro, en las manos de Juan: MONJA CON CASTAÑUELA: / *Carmen Sevilla: color por cinefoto- / color. / LA HERMANA SAN SULPICIO. / Y / Ascendió a los carteles / del cine de verano.*

Seguimos buscando, pero esta casa no es una casa, se abre una puerta y se abre el misterio. Sobre la cama, en el armario, en la pared, colgados, horizontales, verticales, enrollados, enmarcados, ocupando todo el espacio, cientos de carteles de cine; Imperio Argentina “Carmen la de Triana”, una película del año 1939, es el último cartel del completo museo de Juan. Todos los carteles de todas las películas que tienen relación con Granada danzan en este lugar; fotografías, escenas, decorados, revistas, se enlazan en una de las vidas paralelas más completas de Juan de Loxa, una historia entre historias.

Abre otra puerta y ahora son cajas, apiladas hasta el techo.

Después de varios intentos, una intuición le hace escoger una de ellas; poemas en folios amarillentos, creación en espera, o nacidos en otras alturas, van surgiendo con la maravilla de la lectura de unos versos a Johnny Weissmuller, y allí está, aparece el poema “Dos cabalgan juntos”, una historia de amor de dos vaqueros, inspirado en una película en la que Peter Fonda actuaba, y del que anoto este fragmento: *A lenta cámara los besos –tantos / y tantos como hombres muertos- / las caricias... No debe ya importarnos / el semen derramado technicolor / junto a las cartucheras.*

Un poema de tres oscar, anticipando la reciente película “Brokeback Mountain. En terreno vedado”, donde dos hombres, de profesión “cowboys” se enamoran en el Oeste americano de los años 60. Si esta película está produciendo hoy polémica, ¿qué decir del poema de Juan de Loxa, cuando han transcurrido 34 años desde que fue escrito?

Como un rebelde visionario, Juan de Loxa se ha adelantado, en varias décadas, con su obra y sus acciones, al tiempo en que fueron creación. Pionero de experiencias, inventor de nuevos caminos, escalador de cumbres difíciles de superar.

Mientras escribo, Enric Hernáez canta el poema de Juan de Loxa “Fotograma”, en su reciente disco “Oh, poetas salvajes”, donde ha puesto también música a textos de Ángel González, Cristina Peri Rossi o Mario Benedetti entre otros.

Concluyo con unas palabras que Alberti le dedicó: *Herederó de la gracia andaluza, no del gracioso, Juan de Loxa posee el don de la profundidad, del agua oculta de su tierra granadina y el aleteo de una frescura en su poesía que sorprende e ilumina.*

Bienvenido a la Academia de Buenas Letras de Granada.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 3 de abril del año 2006,
CCXXIII años del nacimiento
del escritor estadounidense
Washington Irving,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMVI